

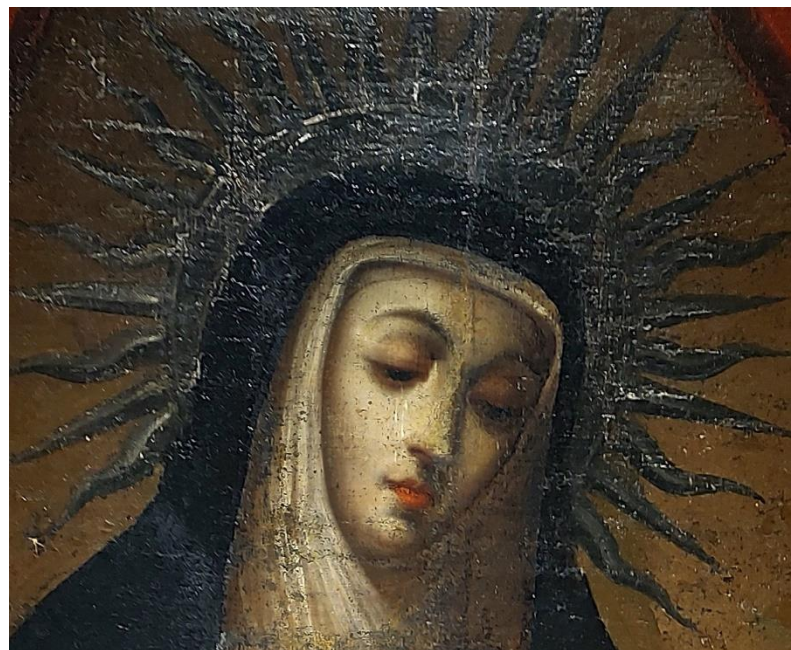
NUESTRA SEÑORA DE LA SOLEDAD

HISTORIA

Este culto tiene sus raíces en la difusión por Europa de los padres Servitas, siendo la "soledad de María", el último de los Siete Dolores de la Virgen. La Orden de los Siervos de María, fue fundada por una compañía de siete hombres nobles y burgueses, en 1233 en Florencia, Italia, que se dedicaban a venerar a Nuestra Madre, llegando a ser conocida con la Orden de los siete santos fundadores.

Nuestra Señora de la Soledad es conocida como una variante de advocación de Nuestra Señora de los Dolores, venerada en la Iglesia católica. La Casa Real de Francia tuvo especial devoción a la Virgen de la Soledad, y fue introducida en España por Isabel de Valois, hija de Enrique II de Francia y de Catalina de Médici, que contrajo matrimonio con Felipe II de España. Isabel tenía en su oratorio particular un cuadro, que representaba a la Virgen de la Soledad. Esta imagen suscitó gran devoción en los frailes de la Orden de los Mínimos de San Francisco de Paula, que se habían instalado en Madrid. Los frailes pidieron permiso a la reina para realizar una copia de bulto, para venerarla en la





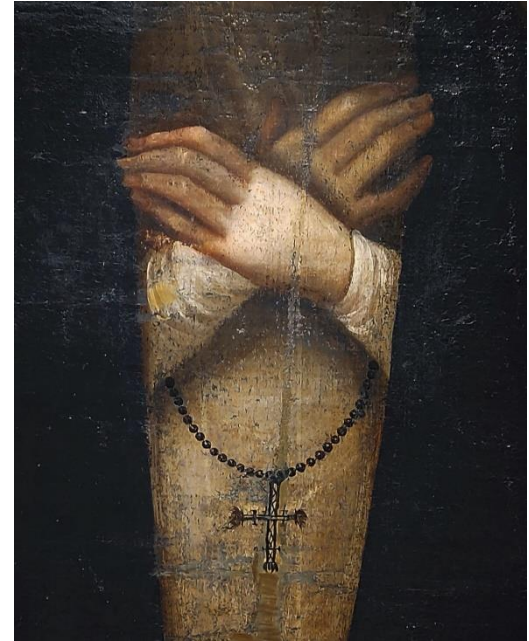
capilla de su convento de Nuestra Señora de la Victoria, trabajo encomendado a Gaspar Becerra, pintor y escultor español del siglo XVI, por lo que se debe a este artista, el modelo y representación mariana de Nuestra Señora de la Soledad. Desde un primer momento se quiso que la imagen fuera "vestidera", es decir, compuesta por una cabeza y las manos con sus antebrazos, siendo el resto un armazón de madera, llamado

candelero o bastidor, que se recubriría con ropajes alusivos a la devoción, además de poder realizar mediante el ensamble, movimientos, gestos y emociones, incorporando, además, atributos iconográficos. Parece ser que por iniciativa de la condesa de Ureña, doña María de la Cueva y Toledo, camarera mayor de la reina, se le puso su propio atuendo de viuda noble de la época, representación que ya se utilizaba en el arte flamenco, y que pasó de las imágenes a la pintura, además de acompañarla con los símbolos de la Pasión de Cristo, es decir: los tres clavos y la corona de espinas.



VIRGEN DE LA SOLEDAD EN AMÉRICA

España manifiesta su fe, públicamente, en las procesiones de Semana Santa como una de sus más populares tradiciones y de ahí, una vez asentada, es traída a América, donde podemos observar, en primer lugar, copias del modelo y, posteriormente, recreaciones de la advocación. La podemos encontrar en México, convertida en patrona de Oaxaca, donde tiene su propia basílica. También está en Camagüey, Cuba; en el centro histórico de Lima, Perú; en el santuario de Popayán, Colombia; en Argentina, como patrona de las Islas Malvinas.



SIMBOLOGÍA E ICONOGRAFÍA

Tras sepultar el cuerpo muerto de Cristo en la tumba que José de Arimatea había cedido para tal fin, María queda en soledad recordando los tormentos padecidos por su Hijo y a la espera de su gloriosa Resurrección. Leemos en Juan 19, 31 – 42

"Como era el día de la Preparación de la Pascua, los judíos no querían que los cuerpos quedaran en la cruz durante el sábado, pues aquel sábado era un día muy solemne. Pidieron a Pilato que hiciera quebrar las piernas a los crucificados y retiraran los cuerpos. Fueron, pues, los soldados y quebraron las piernas de los dos que habían sido crucificados con Jesús. Pero al llegar a Jesús vieron que ya estaba muerto, y no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le abrió el costado con la lanza, y al instante salió



sangre y agua. El que lo vio da testimonio. Su testimonio es verdadero, y Aquél sabe que dice la verdad. Y da este testimonio para que también ustedes crean. Esto sucedió para que se cumpliera la Escritura que dice: No le quebrarán ni un solo hueso. Y en otro texto dice: Contemplantarán al que traspasaron.

Después de esto, José de Arimatea se presentó a Pilato. Era discípulo de Jesús, pero no lo decía por miedo a los judíos. Pidió a Pilato la autorización para retirar el cuerpo de Jesús, y Pilato se la concedió. Fue y retiró el cuerpo. También fue Nicodemo, el que había ido de noche a ver a Jesús, llevando unas cien libras de mirra perfumada y áloe. Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en lienzos con los aromas, según la costumbre de enterrar de los judíos.

En el lugar donde había sido crucificado Jesús había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo donde todavía no había sido enterrado nadie. Como el sepulcro estaba muy cerca y debían respetar el Día de la Preparación de los judíos, enterraron allí a Jesús” .

Esta advocación busca transmitir, no solo el dolor, sino que también la soledad que sintió la Santísima Virgen tras la Pasión y muerte de su Hijo Jesucristo en la cruz. Esta desolación se hace carne en su mirada de tristeza que entorna los párpados, inclinando levemente su rostro que, en algunas imágenes, presenta en su boca, un rictus de dolor. En algunas pinturas de esta advocación, observamos en la parte inferior, algunos atributos: la corona de espinas y los clavos de Cristo, que puede llevar en su mano. Completan la iconografía de la Pasión, flores rojas, que representan la sangre derramada por Jesús. Enmarcan la imagen, dos cortinas rojas lo que indica que esta imagen es una copia





de una talla o escultura, que debió estar rodeada de estos elementos. María está coronada con un nimbo que, seguramente, en el original era de oro y piedras preciosas, cuyo significado nos habla de su santidad, de su carácter sacro, como Madre del Redentor, así como Reina y Madre de todo lo creado.

Su vestuario enfatiza el duelo asociado a la imagen: velo blanco y manto negro, que en algunas ocasiones está cubierto de estrellas, vestuario tomado por las viudas castellanas. También puede sostener un Rosario que, en este caso, alude a la oración y contemplación, a la unión mística con Dios.



CONTEXTO DE LA ADVOCACIÓN

No podría entenderse la visión simbólica de la Semana Santa, sin considerar a María en el camino de la Pasión, siempre junto a su hijo, acompañándolo, sufriendo en silencio, guardando todo lo que vive en su corazón, abandonándose en Dios y orando. Desde los orígenes de la conmemoración, la presencia iconográfica de la Virgen sería una pieza imprescindible en desarrollo del esquema procesional. Su integración en el Vía Crucis, que considera los misterios dolorosos: la agonía en el huerto de Getsemaní, la flagelación, la coronación de espinas, el camino al Calvario y la muerte en la Cruz, la convierte en una figura relevante del motivo



crisológico principal, es decir, María es la Madre del Verbo encarnado y, con tal, experimenta y comparte en alma y espíritu, el doloroso sufrimiento de su Hijo.

Este modelo iconográfico, recoge otros atributos como la medialuna bajo sus pies, la aureola de doce estrellas que simboliza a los doce apóstoles y a las doce tribus de Israel: Rubén, Simeón, Leví, Judá, Dan, Neftalí, Gad, Aser, Isacar, Zabulón, José y Benjamín, con origen en el libro del Apocalipsis de san Juan 12, 1

Apareció en el cielo una señal grandiosa: una mujer, vestida del sol, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza.

Virgen de la Soledad
de Mena. Málaga, España

